

Capítulo seis

—Despiértense, chicos. El día se pasa rápido. Despiértense.

Carlos abrió un ojo. Oyó una voz fuerte. La voz de la abuela Rivera era muy fuerte. Anoche no era tan fuerte. Anoche la Sra. Rivera tenía una voz muy suave. Hoy tenía la voz de un elefante. Carlos miró el reloj. Eran las cinco de la mañana.

La abuela tenía varias velas. Las velas estaban en vasos altos. En los vasos había fotos de unos santos. Cincuenta de los vasos tenían santos. La abuela andaba prendiendo las velas. Hablaba mientras prendía las velas. Era un tipo de oración. Ella movía las manos y decía algo muy raro. Sus palabras eran palabras extrañas. Carlos y Jaime no entendían las palabras. Les dieron miedo.

Carmen estaba en la cocina. Carlos y Jaime se fueron a la cocina con Carmen. Querían escaparse de la abuela y de las cosas extrañas que hacía.

—¿Por qué se despierta tan temprano tu abuela? —le preguntó Jaime mientras comía en la mesa.

—Tiene muchas cosas que hacer —le dijo Carmen—. Reza mucho. Habla con mucha gente. Los ayuda. Le gusta despertarse temprano.

Carmen bebía café.

—¿Quieres una taza de café? —le preguntó a Jaime—. El café de Puerto Rico es muy fuerte. Si tomas un poco de café de aquí, te vas a despertar. Pero tú eres muy joven para tomar café.

—¿Por qué dices que soy muy joven? —le preguntó Carlos—. Soy tu novio.

—¡Qué ridículo! No soy tu novia —le dijo Carmen—. Es sólo un juego para que mi abuela esté contenta conmigo.

—Tú dices eso —le dijo Carlos— pero yo sé que a ti te gustan los jóvenes.

—Posiblemente los jóvenes —le dijo Carmen— pero no me gustan los bebés. Carlos estaba sorprendido de la manera de que Carmen hablaba. Era una chica tan hermosa pero al hablar se ponía muy fea. Carlos simplemente no la entendía.

La abuela Rivera entró en la cocina. Tiró algo al aire. Tenía un olor feo. Tenía olor a persona muerta.

—¿Uds. quieren comer huevos fritos en el desayuno? —les preguntó la abuela.

—Gracias —le dijo Carlos. Carlos no quería decir que no porque la abuela realmente era una mujer extraña.

La abuela frió los huevos. Le tiró algo a los huevos. Tenía un olor feo, olor a fruta pasada.

—Cuidado —les dijo Carmen—. Mi abuela está preparando huevos con sus secretos mágicos.

—¿Secretos mágicos? —dijo Carlos.

—Sí. Tiene secretos mágicos porque piensa que sa que tú y yo nos vamos a casar. Piensa que vamos a ser esposo y esposa. Ella sólo nos quiere ayudar.

Carlos puso el brazo en el hombro de Carmen.

—Ya estamos enamorados, mi amor.

Carmen le pegó a Carlos. De nuevo, era mala. Cuando Carlos trató de besarla, Carmen le pegó. Le pegó fuerte. Otra vez Carmen era muy mala. La abuela de Carmen no vio

cuando Carmen le pegó a Carlos. La abuela tenía una mirada fea.

Comieron huevos fritos en el desayuno. Llegó la hora en que tenían que ir a la farmacia. ¿La farmacia también será muy extraña?

La farmacia sí era extraña. Tenía un olor muy feo. No había mucha luz. Era muy pequeña. Había muchas cosas extrañas en la farmacia. Muchas velas. Santos. Carlos vio muchas cosas muy extrañas. La abuela vendía uñas de gato. También vendía serpientes muertas.

Carlos se puso muy contento cuando Carmen le dijo:

—Carlos, vamos a la playa. La farmacia es demasiado pequeña para cuatro personas. Jaime se puede quedar y ayudarle a la abuela.

A Jaime no le pareció bien. Le tenía mucho miedo a la abuela. Pensaba que era bruja.

Jaime no tenía tiempo para pensar en la abuela, la bruja. La abuela le dio trabajo. Jaime tenía que limpiar la farmacia. También limpió las paredes.

Una mujer entró en la tienda.

—Francesa, necesito tu ayuda —le dijo a la Sra. Rivera—. Mi madre está muy enferma. Necesito medicina para ella.

La abuela sacó algo de una canasta que estaba en la mesa. Parecía verde.

—Dale esto a tu madre. Tiene un olor horrible y un sabor horrible. Pero la va a curar. Si Dios quiere.

Un rato después entró otra mujer.

—¡Francesal! ¡Francesal! —le gritó la mujer a la abuela—. Necesito tu ayuda.

—Oh, Teresa. De nuevo es el mal de ojo. Tú necesitas algo para el mal de ojo.

—Sí —le dijo la mujer—. Mi hija necesita algo para el mal de ojo.

La abuela Rivera sacó algunas cosas negras de la canasta que estaba en la mesa. Se las dio a la mujer.

Jaime estaba muy sorprendido de saber que hay gente que cree en el mal de ojo. Esto sí que era muy extraño.

—Las niñas necesitan esto para que no tengan problemas con el mal de ojo —le dijo la Sra. Rivera a Jaime.

—Qué bueno —le dijo Jaime.

Jaime no sabía que decirle a la Sra. Rivera.

Un rato más tarde un hombre entró. Era un hombre muy viejo.

—Por favor, Francesa —le dijo el hombre—, ¿puedes hablar con mi esposa de mi parte?

—Quizás —le dijo la abuela al hombre—. ¿Por qué quieres hablar con ella?

—Estoy muy triste —le dijo el hombre—. Debo decirle que la quiero.

Jaime pensó que era muy extraña toda esta situación. ¿Por qué no hablaba el hombre con su esposa? ¿Por qué no le dijo que la quería en persona?

—Voy a hablar con ella —le dijo la Sra. Rivera—. Vamos a otro cuarto para hablar con ella.

Entonces, la abuela Rivera y el hombre fueron a otro cuarto. Fueron a un cuarto pequeño en el fondo. En el cuarto la Sra. Rivera prendió unas velas. Los dos cerraron los ojos. La abuela empezó a hablar de una manera muy extraña. En un instante, Jaime se dio cuenta por qué no podía hablar el hombre con su esposa. Su esposa estaba muerta. La

abuela se podía comunicar con personas muertas.

Jaime siguió lavando las paredes. No quería hablar con la Sra. Rivera. No le gustaba la farmacia. Todo le parecía tan extraño y tan raro. Le daba mucho miedo. Estaba enojado con Carlos porque Carlos estaba en la playa divirtiéndose y él estaba con la abuela lavando paredes. Jaime quería estar en el barco. Quería estar en el crucero ahora mismo.

Durante todo el día venía mucha gente. Compraban toda clase de medicina. Le hacían preguntas muy raras a la abuela Rivera. Prendían velas. Le pedían que los ayudara con la familia y con los novios.

Eran las cinco de la tarde. Ya era hora de cerrar la farmacia. Carlos y Carmen volvieron a la farmacia. Tenían las caras muy rosadas del sol. Parecían contentos.

—Hola —le dijo Carlos a Jaime cuando entró en la farmacia—. ¿Cómo pasaste el día aquí en la farmacia? Me dio mucha bronca porque yo estaba aquí trabajando y tú estabas en la playa con una mujer hermosa.

—Tampoco yo la pasé bien —le dijo Carlos a Jaime—. De hecho, la pasé muy mal.

Era el esclavo de Carmen. Me obligó a trabajar para ella. Tenía que traerle bebidas y comida. Y además me trató muy mal todo el día.

—Debemos volver a nuestras casas lo más pronto posible —le dijo Jaime a Carlos.

—Pero sólo nos queda una noche más aquí —le explicó Carlos—. Debemos aguantar una noche más y el barco llegará y nosotros saldremos de aquí.

—Está bien —le dijo Jaime a Carlos—. Pero tengo ganas de volver a casa. Tengo muchas ganas de volver a casa. Tengo muchas ganas de volver a casa ahora mismo.

—Yo también —replicó Carlos—. Yo también.